



BENEDICTO XVI NOS EXPLICA EL EVANGELIO DE LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

En nuestro itinerario cuaresmal hemos llegado al quinto domingo, caracterizado por el evangelio de la resurrección de Lázaro (cf. Jn 11, 1-45). Se trata del último gran «signo» realizado por Jesús, después del cual los sumos sacerdotes reunieron al sanedrín y deliberaron matarlo; y decidieron matar incluso a Lázaro, que era la prueba viva de la divinidad de Cristo, Señor de la vida y de la muerte. En realidad, esta página evangélica muestra a Jesús como **verdadero hombre y verdadero Dios**. Ante todo, el evangelista insiste en su amistad con Lázaro y con sus hermanas Marta y María. Subraya que «*Jesús los amaba*» (Jn 11, 5), y por eso quiso realizar ese gran prodigio. «*Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo*» (Jn 11, 11), así les habló a los discípulos, expresando con la metáfora del sueño el punto de vista de Dios sobre la muerte física: Dios la considera precisamente como un sueño, del que se puede despertar.



Jesús demostró un poder absoluto sobre esta muerte: se ve cuando devuelve la vida al joven hijo de la viuda de Naím (cf. Lc 7, 11-17) y a la niña de doce años (cf. Mc 5, 35-43). Precisamente de ella dijo: «*La niña no ha muerto; está dormida*», provocando la burla de los presentes. Pero, en verdad, es precisamente así: **la muerte del cuerpo es un sueño del que Dios nos puede despertar en cualquier momento**. Este señorío sobre la muerte no impidió a Jesús experimentar una sincera compasión por el dolor de la separación. Al ver llorar a Marta y María y a cuantos habían acudido a consolarlas, también Jesús «*se conmovió profundamente, se turbó*» y, por último, «*lloró*» (Jn 11, 33-35).

El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida. Por eso declaró solemnemente a Marta: «***Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre***». Y añadió: «*¿Crees esto?*» (Jn 11, 25-26). Una pregunta que Jesús nos dirige a cada uno de nosotros; una pregunta que ciertamente nos supera, que supera nuestra capacidad de comprender, y **nos pide abandonarnos a él**, como él se abandonó al Padre. La respuesta de Marta es ejemplar: «*Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo*» (Jn 11, 27). ¡Sí, oh, Señor! **También nosotros creemos, a pesar de nuestras dudas y de nuestras oscuridades; creemos en ti, porque tú tienes palabras de vida eterna; queremos creer en ti, que nos das una esperanza fiable de vida más allá de la vida, de vida auténtica y plena en tu reino de luz y de paz.**

Encomendemos esta oración a María santísima. Que su intercesión fortalezca nuestra fe y nuestra esperanza en Jesús, especialmente en los momentos de mayor prueba y dificultad.

TRES PUNTOS PARA NUESTRA MEDITACIÓN (P. Morales)

I. MARTA Y MARÍA PIDEN LA CURACIÓN DE LÁZARO

Había caído enfermo un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo». Entonces Jesús les replicó claramente: «Lázaro ha muerto». Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos quince estadios; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano (Jn 11,1.3-7.11.14.17-19).

Tercer año de la vida pública de Jesús. Se encuentra en Perea, y allí se dispone a vivir sus últimas semanas en la tierra antes de que culmine su sacrificio en la cruz. Es entonces cuando realiza el milagro más importante y simbólico. San Juan lo relata con lujo de detalles al comenzar el capítulo 11 de su evangelio. El objetivo de la Encarnación se ilumina diáfano en este evangelio. **Jesús, con su venida al mundo, derrota a nuestros enemigos.** Sacude la esclavitud que nos imponen, nos arrebatada del poder de las tinieblas, nos traslada al reino de su amado Hijo, haciéndonos participar en la luz de la herencia de los santos (cf. Col 1,12).

Al acabar su vida pública y antes de iniciar su pasión, Jesús quiere, con el milagro de Betania, revelarnos el fruto consolador de la Encarnación. Pulveriza nuestros enemigos para que tengamos la vida divina y la poseamos con más abundancia (Jn 10,10). Pero quiere manifestarnos también el modo delicioso, íntimo y cordial de alcanzarnos esta victoria. **La delicadeza de su corazón al venir a compartir nuestros pesares, enjugar nuestras lágrimas, acompañar nuestras soledades,** se retrata en su actitud... en este evangelio.

El evangelio de Lázaro es, pues, la narración anticipada de lo que Jesús Amor hace conmigo. Me abre su corazón, rebosante de intimidad delicada. Me enseña a vivir en Él, a dejarme consolar por Él, a sufrir y morir para resucitar con Él. Arrastra mi alma a la más íntima unión con el Señor. La obliga a repetir con Santa Teresa: ***«Imaginad una persona tan enamorada de otra, que no se pudiese hallar un punto sin lo que ama. Así estoy yo con nuestro Señor: consolándome con Él, hablando siempre de Él y con Él».***

Había caído enfermo un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta. Ese uno soy yo: apatía, vanidad, sentimentalismo, y, sobre todo, desconfianza. Jesús no retrocede de asco ante este montón de basura. **Lo convertirá en jardín de rosas si, con perseverancia, confío.** Ese enfermo es el mundo de hoy, tan poderoso y tan débil, tan orgulloso y tan descontento de sí, tan hostil y tan abierto a Dios.

Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Entera confianza, exquisita delicadeza en esta súplica. No piden —ni menos exigen— que venga y le cure. Basta anunciárselo para que Él, que tanto quiere a Lázaro, venga.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Diligebat, los quería con amor entrañable. Marta y María están destrozadas. Impotentes para impedirlo, ven morir al hermano querido. Sienten desplomarse su vida. ¡Se querían tanto los tres! Ellas no pueden abandonar al hermano que muere. El cariño se lo impide. Además son muchos kilómetros, unos 40, que les separan de Jesús. No se pueden hacer personalmente presentes, pero las vemos suplicantes y confiadas en el emisario que envían: *«Señor, el que tú amas está enfermo».*

Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». "Atención", les dice a sus apóstoles, y también a nosotros. Esta enfermedad, la de Lázaro, la tuya y la mía, la del mundo, es para que por ella sea glorificado, conocido, revelado, el misterio de la Encarnación, fuerza y consuelo, al mismo tiempo, para nosotros. **Fuerza para triunfar del último enemigo, secuela del pecado: la muerte, resucitando a un difunto.** «Aplaza sanar a Lázaro para poder resucitarlo: *distulit sanare ut poste resuscitare»*, dice San Agustín. Así manifiesta mejor su poder, evidencia sus caminos con las almas queridas.

Se quedó todavía dos días donde estaba. Contraste. San Juan nos acaba de decir que amaba Jesús a los hermanos con amor entrañable, y a continuación añade: *«Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba.* Permanece allí dos días, no porque le fuese indiferente la enfermedad de Lázaro o el dolor de las hermanas. Todo lo contrario, le impresionaban vivamente. Pero quiere darnos doble lección y fuerza para vivirlas. Primera, **sagrado respeto a la voluntad del Padre.** Ha venido al mundo para cumplirla, es su manjar (cf. Jn 4,34). Segunda, **enseñarnos a dominar los impulsos espontáneos del corazón, a estar serenos.** La serenidad, primera condición para conducirse en la vida, natural o sobrenatural. Sólo con ella tendrás claridad de entendimiento para saber lo que debes hacer, para acertar con el camino, para reaccionar con paz ante situaciones comprometidas

individuales o colectivas. Luego, se necesitarán decisión y constancia, pero **la serenidad es la primera cualidad de un hombre, y más en un cristiano.**

«Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Les anuncia claramente que ha muerto, pero al mismo tiempo les revela los caminos de Dios: **permitir enfermedades y muertes, fracasos y desilusiones, para que creamos que Jesús es la resurrección y la vida ...** La súplica de las hermanas, estando ellas ausentes, logra que Cristo se ponga en marcha. ¡Cuánto más podrá nuestra plegaria si salimos a su encuentro, le buscamos donde está: oración, sacramentos, trato íntimo y fraternal con los hermanos...!

Y ahora vamos a su encuentro. Jesús marcha hacia Betania. Primeras horas del día. La jornada es larga. Abandona Perea. Vadea el Jordán. Remonta el macizo montañoso que le separa de Jerusalén. Siguen andando hoy y también quiere hacerse encontradizo conmigo. Marcha fatigosa. Llega por fin a Betania reclinada en la vertiente oriental del monte de los Olivos, a unos 2 km. de Jerusalén. Es un tranquilo rincón que ofrecía siempre a Jesús descanso acogedor después de encarnizadas luchas en Jerusalén. Olivos, algarrobos, higueras y almendros amenizan la campiña y hacen grata y apacible la estancia.

II. DIÁLOGO DE JESÚS CON LAS HERMANAS

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: «El Maestro está ahí y te llama». Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él: porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!» (Jn 11,20-36).

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. «¡Al fin llegó!», repetirían Marta primero, y María después. ¡Cómo se desea la llegada de un ser querido con quien expansionarse! ¡Llevaba ya cuatro días! *Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro.* Actividad ardorosa y rebosante de amor. Vida más activa, en contraposición a María, más tranquila, reservada, íntima. **¡Cómo le agradan a Jesús las almas que, en cuanto le ven o le oyen, lo dejan todo para encontrarse con Él!**

Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. No se queja; se limita a expresar su dolor. Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Es una frase consoladora, pero ambigua. Lo mismo puede referirse a la resurrección final o al milagro que Jesús iba a hacer resucitando a Lázaro. Marta quiere concretar. Por eso añade: *Sé que resucitará en la resurrección en el último día,* en la resurrección universal. Su desconfianza sigue; pero ¡benditas palabras estas de Marta, que arrancan de Jesús una de sus frases más bellas: *Yo soy la resurrección y la vida!* Abundan frases emocionantes en el evangelio de San Juan: *Yo soy la luz del mundo, yo soy el pan de vida, yo soy el camino, la verdad y la vida...*, pero ninguna tan consoladora, tan sublime, tan bella: **Sí, yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí no morirá para siempre.**

En el cementerio de Génova, uno de los más artísticos y monumentales, aparece un sarcófago de mármol. Un padre muerto en ataúd abierto. A sus pies, de rodillas, su hija con las manos juntas, casi muerta de dolor. Entre el padre muerto y la hija deshecha en lágrimas, Cristo extendiendo su diestra entre ambos. Al fondo, en bronce dorado, brillan tres palabras, como rayo de sol que irrumpe del otro mundo: *Ego sum resurrectio et vita.* Ese es Jesús ante el mundo. Saciando las apetencias más íntimas del corazón del hombre, despejando la incógnita del más allá.

Marta se va a avisar a su hermana. *El Maestro está ahí y te llama.* ¡Qué bien suenan en el alma estas palabras cuando la agitación exterior o la turbación interior nos inquietan! Él está en la Hostia Santa prolongando en tiempo y espacio su encarnación.

Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba Él. Su prontitud, su respuesta a la llamada, atraen la mirada complacida de Jesús. *Al verlo se echó a sus pies diciéndole.* Rompe en llanto a los pies de Jesús: *cecidit ad pedes eius. Jesús, viéndola llorar (...) se conmovió en su espíritu, se estremeció.*

Y Jesús se echó a llorar. La frase más hermosa, quizá, de toda la Biblia: *et lacrimatus est Jesus...* Un llanto mudo y silencioso, lleno de ternura. Así se traduce la palabra griega, distinta de la que emplea el Evangelio al hablar del llanto de María y de las lágrimas que Jesús vierte sobre Jerusalén, que no quiere recibirle. **Cristo se adapta a cada mujer, a cada alma. Con Marta, menos afectiva, puede hablar, tratar de la resurrección. Con María, todo corazón, sólo llora.**

III. EL MILAGRO

Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar» (Jn 11,38-44).

Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Por tercera vez insiste San Juan en la impresión profunda que embarga a Jesús. Nos revela así algo de la **ternura exquisita de su corazón humano.** Jesús «quiere que se le crea Dios y hombre. Dios que nos hizo, hombre que vino en busca nuestra. Se hizo hombre, pero sin dejar de ser Dios. Permaneciendo Dios, asume al hombre el mismo que lo creó» (San Agustín). Jesús pretende robar nuestro corazón al revelarnos la delicadeza del suyo. Santa Teresa, con fina intuición, lo atisba: «Siempre que se piense en Cristo, debemos acordarnos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos lo mostró Dios al darnos tal prenda del que nos tiene; que *amor saca amor*». Y San Juan de la Cruz se le queja suplicante: «¿Por qué, pues has llagado este corazón, no le sanaste? Y, pues me lo has robado, ¿por qué así le dejaste, y no tomas el robo que robaste?».

Dijo Jesús: «Quitad la losa». Sencillez y majestad en estas palabras. Expectación en la muchedumbre que le rodea. Emoción en el alma creyente. «*Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días*», dijo Marta. Su delicadeza le inspira estas palabras. Cree que Jesús trata sólo de despedirse del amigo querido, y quiere evitar una impresión desagradable a los presentes. Había olvidado de su anterior petición a Jesús: ***Sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.***

Jesús la tranquiliza: *¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?* Si crees, si sabes esperar, verás tú también el poder de Dios cicatrizando heridas, superando pasiones, divinizando miserias, arrastrándote a la santidad. Santa Teresa está en San José de Ávila, 1567. Han pasado tres años después de su primera fundación. Asaltada de temores, desiste de continuar la reforma. Tiene que intervenir el Señor para que la prosiga. Oye una voz en la oración: **«Espera un poco y verás grandes cosas».**

Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto... Una mirada rebotante de gratitud y amor. **Una mirada de adoración sublime al Padre.** *Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.* Eleva sus divinos ojos al cielo como para unirse más al Padre. Una súplica que, más que petición, es acción de gracias anticipada.

Dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El original griego: «¡Lázaro, aquí, fuera; sal y ven acá!» *Y salió el difunto.* Asombro en la multitud. El miedo hizo, quizá, correr a muchos, la sorpresa se apodera de todos; pero Lázaro, sereno y sonriente, aparece vivo, **irradiando paz.**